

LA INSIGNIA DE ARTIGAS

Manuel C. Giavedoni Pita



Submarino ARA *Santiago del Estero* y corbeta ARA *República*.

Este relato —una ficción basada en hechos reales— está dedicado a la memoria del Capitán de Corbeta Alfonso David Giavedoni, antiguo comandante del ARA *Ingeniero Gadda* en los sucesos de 1955, fallecido en junio de 2009.

«**N**avegábamos hacia Montevideo. Habíamos abandonado las cercanías de Mar del Plata en la mañana del 16, dejando atrás un radiograma de la Base de las 09.20 que disponía “Suspender las ejercitaciones y fondear cerca del puerto”. Navegamos hacia el norte todo el resto del día con mar llana, vientos suaves del noreste, que fueron refrescando hacia la noche. A última hora de la tarde, se avistó el faro Punta Médanos por la amura de babor. Su luz nos acompañó un buen rato esa noche, noche triste, de insomnio y preocupaciones».

«Habían sido días de continuos ejercicios los últimos pasados. Bien a la usanza de la vieja Marina. Zarpada temprano a la mañana y regreso por la tarde. A veces se prolongaba hacia la noche para adiestrar en las actividades nocturnas. Generalmente con la *República* y el *Santiago*. Nada del otro mundo, no eran ejercicios de flota, sino habituar a las tripulaciones en las actividades básicas, que en esa época de gloria incluían el tiro con la artillería. Remolcábamos blancos y practicábamos remolque entre nosotros, se hacía tiro sobre blanco y sobre barrilete. Se lanzaban cargas de profundidad y torpedos. Se fotografiaban las corridas y se recuperaban los torpedos lanzados. Otra época, otro país, otro mundo».

«El 17 amaneció con vientos regulares del noreste que fueron refrescando con las horas. El cielo totalmente cubierto. El viento desde tierra “achataba” el mar en una marejadilla tranquila. Poco después de las nueve, se recibieron por radio mensajes fragmentarios que hablaban de un ataque aéreo a los viejos torpederos de la fuerza de instrucción, que embarcaban a la Escuela Naval. Se hablaba de muertos y heridos. Si esos riesgos corrían los buques de guerra, nuestro vagón flotante y el submarino en superficie no tenían oportunidad. Una vez más, me congratulé por la continua ejercitación de defensa antiaérea que, a riesgo de cansar a las dotaciones y despertar sonrisas en otras tripulaciones, habían incluido —hasta estando amarrados al muelle— seguir con las miras a los aviones comerciales que aterrizaban y despegaban en Camet. Ahora se vería si todo eso iba a servir».

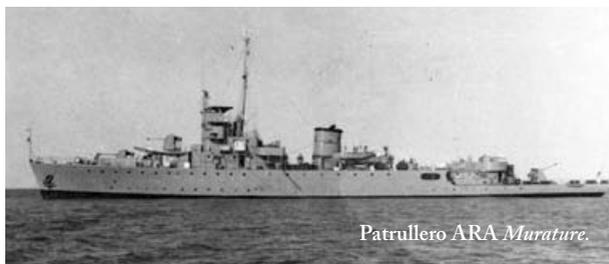
«Qué buena tripulación tenía. Aunque era sólo un buque auxiliar, más allá de los oficiales, capaces y leales, había un conjunto de suboficiales y cabos de primera. Con seguridad, muchos de ellos simpatizaban con el régimen, que había sido dadivoso con sus familias, pero el espíritu de cuerpo y el amor a la institución habían sido más fuertes. Nadie había abierto la boca cuando advirtieron que navegábamos hacia el Plata, y todos cumplían sus deberes con diligencia. ¡Y los conscriptos! Los habíamos visto llegar durante años, muchos de ellos delgados y pobremente entrazados. Con seguridad, por la época, entre ellos, unos cuantos analfabetos. Luego, a lo largo de los dos años (en esa época, el servicio en la Armada era de dos años) obraba el milagro. Subían de peso y mejoraban su apariencia, los que lo necesitaban se escolarizaban. Recibían atención médica, algunos por primera vez en sus vidas. El “sanguche” de la media mañana en los puestos de trabajo era un sello propio de las unidades a flote en esos tiempos. ¡Ah!, la comida».

«En esta triste oportunidad, la comida sería sin duda un problema. Con el régimen de salidas de adiestramiento por sólo el día o, a lo más, por dos, no se había podido hacer

Manuel Carlos Giavedoni Pita es Ingeniero y Magister en Defensa Nacional. Ha obtenido los premios del *Boletín del Centro Naval* Almirante Brown, del año 2002, y Comandante Piedrabuena, del año 2004.

Submarino ARA *Santiago del Estero*.

Apenas se les entreveían las facciones entre el casco gris y el chaleco salvavidas de abultado cuello, oteando las trampas que podían esconderse en las nubes que cubrían todo el cielo. Sin radar aéreo, muy probablemente todo lo nuestro estaba cifrado en la agudeza de sus jóvenes ojos».

Patrullero ARA *Murature*.Corbeta ARA *República*.

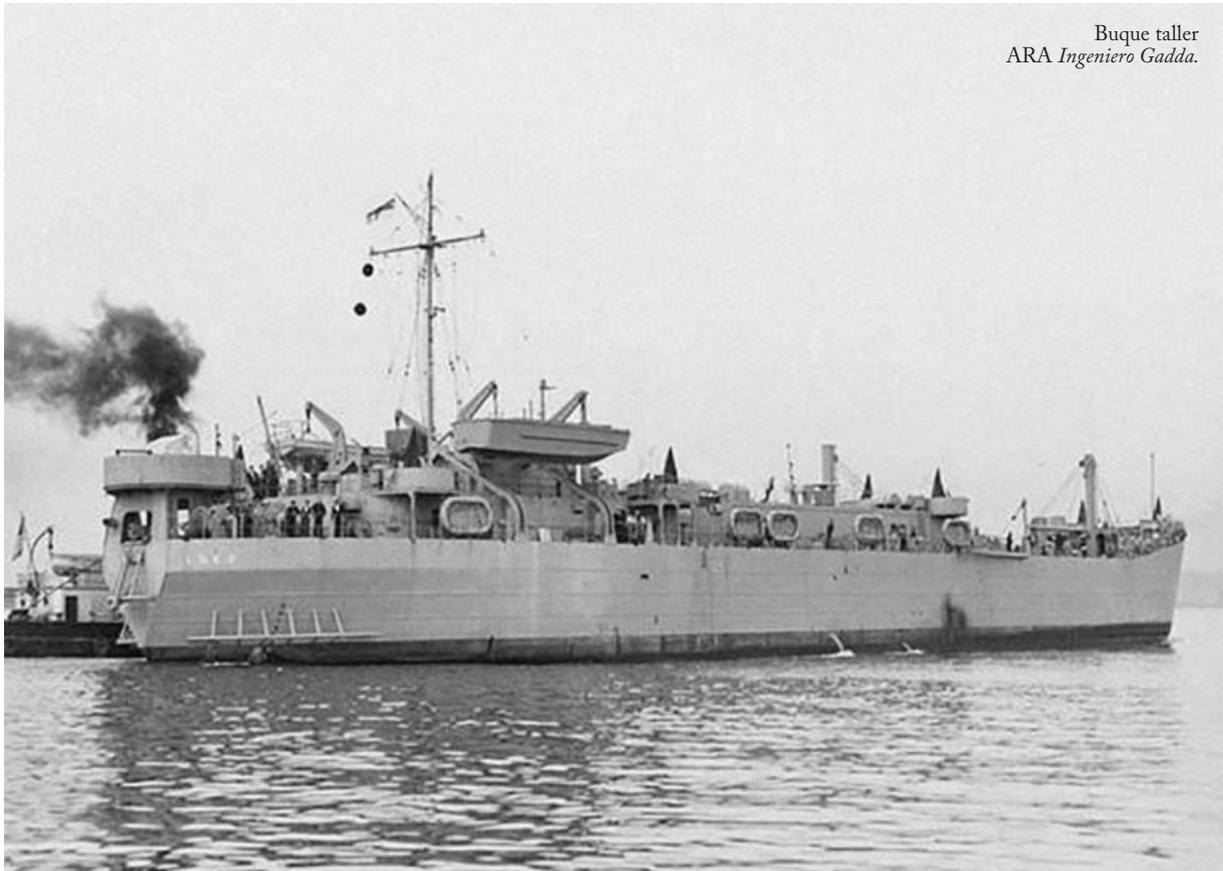
reservas de alimentos. Los espías del régimen vigilaban e informaban cualquier alteración de lo previsto. Con el combustible, en cambio, habíamos logrado formar una importante reserva alterando los partes de consumo a lo largo de varios meses. Desde junio, de hecho. ¿Quién podía adivinar que sólo dos días después nos transferirían más de 500 hombres, 500 bocas para alimentar, evacuados de la ENM, el Liceo y Martín García? Años después, aún no podía olvidar el hambre que pasamos esos, afortunadamente, pocos días. Muchos años después, más de cuarenta, un oficial que era cadete de segundo año de la Escuela Naval en esos días y que andando los años llegó a contralmirante también comentaba a los amigos la “corrida de coneja” que pasó en mi buque».

«Ante el riesgo de aparición de la aviación adversaria, adoptamos con el comandante del *Santiago*, mi amigo Bonomi (era más antiguo, pero habíamos compartido dos años en la Escuela Naval), una línea de fila. El submarino adelante, y nosotros atrás, para brindarle

alguna cobertura antiaérea. Desde el alerón, veía a los conscriptos en los reductos de los Oerlikon, serias las caras, casi de niños, adustos los gestos, nerviosos los movimientos de cabeza. Apenas se les entreveían las facciones entre el casco gris y el chaleco salvavidas de abultado cuello, oteando las trampas que podían esconderse en las nubes que cubrían todo el cielo. Sin radar aéreo, muy probablemente todo lo nuestro estaba cifrado en la agudeza de sus jóvenes ojos».

«A las 11.25, nos encontramos con el *Murature* y nos pusimos en comunicación radial. A bordo del patrullero, venía el Almirante. Cuando lo supe, me corrió por el cuerpo como un relámpago de emoción. No éramos ya un grupo de jóvenes oficiales de poca paciencia. Nuestro Comandante estaba con nosotros».

«Cerca del mediodía, el tiempo empeoró, amenazando tormenta. En un instante, aparecieron. Al principio, un único punto oscuro que se desprendió de las nubes, viniendo desde el noreste. Más cerca ya, se separó en dos puntos, dos aviones. Un momento más y pudo distinguirse a ambos, monomotores, motor en línea. Todos los prismáticos del



Buque taller
ARA Ingeniero Gadda.

puente estaban enfocados en la amenaza. “Dos Fiat”, pensamos. La alerta de ataque inminente lastimó los oídos. Todas las armas apuntaron a la amenaza. Finalmente, esto era en serio».

«Vinieron hacia nosotros en línea de frente, al mismo rumbo que llevábamos, de vuelta encontrada. La distancia se acortó rápidamente. Se veían los discos de las hélices y los radiadores en el vientre. Pronto se encontraron cerca de los dos mil metros, alcance máximo de nuestras armas. Me imaginaba los dedos de los nuestros, temblando sobre los disparadores. No hubo ni un disparo fuera de tiempo. Tantos meses de adiestramiento intenso, tanto trabajo, lograba resultados».

«A instantes de empezar el fuego, con el grito sujeto en la garganta, se produjo el milagro. Ambos aviones rompieron su curso hacia su costado de babor, en un viraje escarpado. Al hacerlo, nos mostraron las insignias bajo sus alas. Azules y blancas, cruzadas por una banda roja. La insignia de Artigas. ¡Aguantar el fuego, aguantar el fuego! ¡Viva el Uruguay! Los gritos recorrieron toda la extensión del buque, el corazón en la boca. Dos Mustang P-51 de la Fuerza Aérea del Uruguay. Esta vez, el fuego del cielo no era para nosotros».

«Se alejaron hacia su hogar, hacia el noreste. Los vimos irse. Hubiera podido ser un desastre. No debieran haberse acercado ni con ese rumbo ni hasta esa corta distancia. Vaya a saber qué instrucciones tenían sus pilotos. Probablemente, describir un cuadro de situación para sus superiores. Pudo costarles la vida. O la nuestra». Fue una época peligrosa aquella. ■

«La alerta de ataque inminente lastimó los oídos. Todas las armas apuntaron a la amenaza. Finalmente, esto era en serio».